Memòria històrica – Que no torni a passar mai més, 4

Per què dues Alemanyes?

Segons Josep Fontana: Por el bien del Imperio

El 23 de mayo de 1949, pocos días después de haber concluido el bloqueo de Berlín, se creó la República Federal Alemana, con una “Ley básica” que convertía al presidente en una figura decorativa y daba un considerable poder al canciller, que era el jefe del gobierno. Pocos meses más tarde, el 7 de octubre, se constituyó, en la zona soviética, la República Democrática Alemana, como una respuesta obligada a la creación de la federal.

La nueva República Federal Alemana nacía bajo la dirección del canciller Konrad Adenauer, un político católico conservador, vehementemente anticomunista, que presidía la Unión Cristianodemócrata y mantenía una estrecha alianza con la Unión Socialcristiana de Baviera. Aliado a otros partidos de derechas, consiguió una precaria mayoría de un voto en la primera reunión del Parlamento federal, y logró mantener el poder en las elecciones sucesivas. (...) La política de Adenauer estuvo encaminada desde el primer momento a frustrar todos los proyectos de reunificación pactada de Alemania y a aislar a la República democrática. En mayo de 1955 la República Federal ingresó finalmente en la OTAN.

La República Democrática Alemana, donde el control político estaba en manos del SED, surgido en 1946 de la fusión de los socialistas y los comunistas, arrancó con el problema del empobrecimiento del país, como consecuencia de las extracciones soviéticas [compensació soviètica per les grans destruccions causades pels exèrcits alemanys en la seva invasió i l’ocupació], lo que implicaba que los niveles de vida y las condiciones de trabajo iban a ser mucho peores que en la Alemania occidental, a la que sus ocupantes aportaron una considerable ayuda económica, lo cual resultaba especialmente visible en el escaparate en que se convirtió el Berlín occidental. Nacía, además, con una indefinición política, fruto de la persistente voluntad de Stalin de no crear una situación irreversible que impidiera llegar en el futuro a un acuerdo de unificación con las potencias occidentales.

La documentación que ha resultado accesible en los últimos años demuestra que la intención de Stalin fue siempre la de buscar la reunificación, sin importarle que el resultado fuese una Alemania burguesa, con tal de asegurarse su neutralización en términos militares. Y si bien tuvo que aceptar la constitución de una república separada en su zona, después de que los occidentales hubieses creado la República federal en el oeste, impidió inicialmente que esta emprendiese el camino de la “construcción del socialismo”, porque quería dejar abierta la posibilidad de una solución negociada.

Hasta 1952, poco antes de su muerte, mantuvo esperanzas en este sentido. Por iniciativa de Moscú, Otto Grotewohl, que fue presidente del consejo de ministros de la República Democrática Alemana desde 1949 hasta su muerte en 1964, pidió al gobierno de la República Federal que se reuniesen los dos estados para organizar elecciones libres en toda Alemania, de acuerdo con la ley electoral de la época de Weimar, con el fin de que se pudiera avanzar hacia la firma de un tratado de paz [que mai no s’ha pogut arribar a fer]. La objeción de las potencias occidentales para rechazar la propuesta se basaba en que se les proponían unas elecciones controladas por las cuatro potencias ocupantes, y ellos las querían supervisadas por la ONU. Pero no se trataba más que de un pretexto. En momentos en que el interés de los Estados Unidos estaba centrado en el rearme de Alemania occidental dentro de la órbita de la OTAN, no podían negarse abiertamente a una propuesta semejante, pero la evitaron embarcándose en una serie de tortuosos intercambios diplomáticos. En estos momentos estaban decididos a “unificar Alemania a través de la victoria del oeste sobre el este”, para que el ejército rojo se retirase tras las fronteras soviéticas.

En marzo de 1952, Stalin pidió que se celebrase una reunión de los “cuatro grandes” para preparar un tratado de paz con un gobierno de toda Alemania con el fin de formar un estado unificado, independiente, democrático y neutral, del que todas las tropas extranjeras se retirasen en el curso de un año. Un estado que no podría unirse a ninguna alianza militar contra los países que habían combatido a Hitler, pero que podría mantener tropas para su defensa, producir armamento e integrarse en las Naciones Unidas.

Nadie estaba en estos momentos por negociar —y menos que nadie el jefe del gobierno de la Alemania occidental, Adenauer, que incluso pretendía discutir las fronteras acordadas en Potsdam—, lo que explica que un Stalin desengañado dijera en abril de 1952: “Sería un error creer que se puede llegar a un compromiso o que los americanos aceptarán que se haga un tratado de paz. Los americanos quieren tener su ejército en Alemania occidental para mantener la Europa occidental en sus manos” (…). Desvanecidas las esperanzas de reunificación, Stalin hubo de aceptar para la Alemania oriental la política de “transición al socialismo” que hasta entonces había vetado, con el fin de asegurar el flanco occidental de sus propias fronteras.

Antoni Ferret (per la selecció dels textos)